

*SATURA*  
*ENSAYOS*  
**JAIME ALBERTO VÉLEZ\***  
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA,  
MEDELLÍN, 2013, 180 p.

CAMILO HERRERA  
cherrera\_1998@yahoo.com  
UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA, COLOMBIA

RECIBIDO (13.07.2017) – APROBADO (02.10.2017)  
DOI: 10.17533/UDEA.ELC.N42A12

Llama la atención que *Satura*, una recopilación de ensayos de Jaime Alberto Vélez publicados previamente en *El Malpensante* entre 1998 y 2003, y reeditados en la Colección Bicentenario de Antioquia, parezca dar crédito a lo que el ensayista antioqueño define como el comportamiento propio de la viuda del escritor, pues pese a lo necesaria de tal publicación para la promoción del ensayo nacional, la decisión editorial se antoja paradójica con las ideas propuestas por Vélez respecto al destino de las obras de un autor tras su muerte. No podría ser de otra forma: el estilo y las temáticas propuestos en los ensayos de *Satura* invocan la contradicción como herramienta para la construcción de una serie de textos ricos en humor y sugerencias sutiles que, sumados a una capacidad argumentativa y reflexiva, configuran la obra.

*Satura* exhibe un gran abanico de temas, concernientes a la lectura y al libro, tan disímiles y sugerentes como las dedicatorias usadas por el escritor mediocre para no quedar en el olvido; el oficio del escritor de contracubiertas y la función de estas, que por medio de un lenguaje impreciso transportan las obras del infierno al cielo con un par de palabras; el destino de las frases célebres que, comportándose como el poema “Instantes”, atribuido a Borges, cambian de autor con el pasar de los tiempos; las bibliotecas que, atiborradas en un diminuto apartamento, contienen el alma de la familia, repleta de revistas de moda y trastos obtenidos en viajes familiares; la crítica

---

\* Cómo citar esta reseña: Herrera, C. (2018). Reseña del libro *Satura*, de J. A. Vélez. *Estudios de Literatura Colombiana* 42, pp. 201-204. DOI: 10.17533/udea.elc.n42a12

literaria como un ejercicio de compadrazgo o nepotismo literario; y no menos importante, el destino de una obra, al morir el autor, sugiere la idea de que este, indefenso, no controle el encadenamiento de sucesos que harán de su legado una empresa familiar.

El despliegue ensayístico de Vélez permite entrever, en la mayoría de sus ensayos, dos aspectos relevantes: una constante oposición entre la reunión de escritores y la voz individual de ellos, así como su singular visión del escritor, oponible a las resabidas características de un literato; como constante y casi bajo continuo, la búsqueda y exigencia de un lenguaje comprensible.

En un ensayo como “El escalafón de escritores nacionales”, Vélez plantea, por ejemplo, la necesidad de que aquellos autores que siempre están reunidos conformen, de una vez por todas, un escalafón nacional de escritores que derogue “las discordantes voces individuales” (p. 41); principio de una serie de contrastes, rastreable a lo largo de *Satura*, entre la grandeza de la vida solitaria de un autor y el mezquino gregarismo de aquella multitud de escritores que se reúnen, perdiendo su identidad a favor de la manada. Unanimidad, reciprocidad y colaboración constituyen, para Vélez, los peligros de la reunión de escritores. Por otro lado, soberanía, libertad y talento componen la esencia del autor que se hace grande desde la fidelidad hacia sí mismo. Tal manera de jugar con el contraste no pretende concluir la discusión, pues, como buen compendio de ensayos, sugiere constantemente la división de opiniones a lo largo de toda la recopilación. Es, por así decirlo, un intento recurrente por abordar asuntos semejantes desde diversos temas. Vélez es, ante todo, un escéptico, incluso con sus propios “dogmas de fe”, capaz de dinamitarse a sí mismo.

Da la impresión de que “Los colegas de Shakespeare”, último ensayo publicado en *El Malpensante*, concluyera, como legado del fallecido autor, la contraposición entre el escritor individual y el colectivo de escritores. Los grupos literarios convierten una reunión de individuos en una cofradía que privilegia la opinión popular y el gregarismo, mientras que el escritor, como un ser solitario, tiene más posibilidades de ser reconocido como parte de la historia o, por lo menos, llevarse el palmarés de haber fracasado en su propia ley. Puede afirmarse que hasta en este último ensayo sobre el tema sostuvo la inevitable imbecilidad del colectivo, pues “la estupidez ronda en todas partes, pero en una reunión de escritores puede adquirir proporciones de ficción” (p. 112).

Vélez argumenta a favor de un escritor independiente: desprovisto de amistades con la prensa y la promoción comercial de libros. El literato, por el contrario, busca ser el centro de atención, alabándose a sí mismo o atacando a alguna celebridad. De nuevo, *Satura* recorre estos intereses en buena parte de sus ensayos y los resume en “Literatura de costurero”, uno de aquellos textos que asume el tema de lleno, donde expone que “la grandeza de un escritor reside, en buena medida, en su pertinencia; el literato, en cambio, pretende competir con indiscreciones que nacen del engreimiento” (p. 56). En Vélez, la visión del buen escritor reside en el intelectual que se resiste a lo establecido, que se plantea sus propias búsquedas pero va más allá de un simple elogio de sí. Además, existe una clara oposición entre el uso de la primera persona, propio del ensayo, y el servicio de esta para favorecerse o, en el peor de los casos, ubicarse al lado de nombres clásicos de la literatura. Es claro, entonces, que Vélez considere que “el verdadero arte pose[a] una apariencia desconcertante, pues induce a creer que cualquiera podría realizarlo del mismo modo” (p. 130).

Entre las virtudes que podrían enumerarse acerca de Jaime Alberto Vélez están aquellas señaladas por Mario Jursich en el prólogo de *Satura*, que le conceden al ensayista antioqueño una habilidad para detectar “las sandeces geniales, las tonterías con pedigrí o los puros disparates” (p. x). Talento que bien supo refinar con su condición de asiduo lector y con su búsqueda indeclinable en pro de un lenguaje preciso, sencillo y agudo. No cabe duda de que el estilo y el lenguaje usados por Vélez para elaborar su aparato crítico y expositivo se evidencia con claridad en los ensayos de *Satura*; sin embargo, lo que más llama la atención es su llamado a la escritura clara y comprensible tanto en la teoría como en la práctica.

En “Un golpe seco en la coronilla”, Vélez aboga por la brevedad del lenguaje como el mejor medio para expresar las ideas de manera certera y clara, oponiéndose a la supuesta dificultad de una obra cargada de citas, párrafos extensos y, por supuesto, palabras. Por tal razón, comenta, como parte de su cruzada en contra del academicismo de discursos indigeribles y falsamente complejos, que en Latinoamérica “se ha impuesto la creencia de que tener estilo se identifica con el malabarismo verbal o con el crecimiento feraz de la fronda lingüística” (p. 61). Vélez se encarga de bautizar a esta clase de escritor como “el intelectual fucsia”, pues usa un vocabulario rebuscado, colorido y sonoro que se opone a la exactitud, la concisión, la propiedad y adecuación de sentido. Para el ensayista antioqueño, el lenguaje

trastornado hace parte del mundo pseudocientífico y, por esta razón, no es propio de un escritor amistoso que, como en el caso de *Satura*, pretende conversar con sus lectores.

Si hubiera algo que reprocharle a *Satura*, esto sería la falta de profundización en ciertos temas que, quizás por cuestión de tiempo o interés, aparecen ligeramente sugeridos pese a que habrían merecido una mirada más detallada. Como ejemplo de ello, “Contra la dificultad”, probablemente uno de los mejores ensayos de *Satura*, propone una aproximación al tema de la dificultad como parte de la conducta de los colombianos, al trastocar virtudes como el talento y la destreza por el conflicto y las trabas como ideales del ser nacional. Hay en este ensayo un asomo de interpretación del ser nacional. Se trata del texto en el que más se insiste en la condición del colombiano, ya sea por cúmulo de errores, la aceptación de la derrota como algo positivo y la alabanza a la dificultad, elementos “que se incorporan como verdades inevitables que marcan al ser nacional” (p. 132). Sin embargo, considerada la calidad del ensayo escrito por Vélez, queda en deuda con el lector porque no le ofrece, en sus palabras, un juicio más extenso del ser nacional; una reflexión de los hombres en su contexto cultural.

*Satura*, a pesar de la deuda que deja frente a algunos temas, propone, con la calidad de escritura y limpidez de pensamiento que él mismo exige, algunas de las mejores ideas de un gran ensayista inmerso en la cultura: el libro sin lector, el prestigio de la lectura, la lectura como vicio. La aparente nimiedad en el enfoque de estos temas y, mejor aun, las perspectivas inéditas que propone adquieren relieve en *Satura*, para configurar, en realidad, una buena muestra de crítica literaria pura, sin que de ninguna manera pierda “el carácter libre, imaginativo y personal” (p. 8) al que tanto le apostó Vélez.